

Elogio de la permeabilidad

Miguel Ángel Santos Guerra

Universidad de Málaga
arrebol@uma.es

Cuadernos de Pedagogía, Nº 473, Sección Monográfico, Diciembre 2016, Editorial Wolters Kluwer, ISBN-ISSN: 2386-6322

Si la escuela quiere preparar realmente para la vida, tiene que estar conectada con la realidad en la que está inmersa y ser una institución abierta, innovadora, atenta a la diversidad. Para ello, tal y como defiende y argumenta el autor de este artículo, debe ser permeable: la realidad debe entrar en la escuela y la escuela ser parte activa de la realidad.

Me preocupa que la escuela sea una institución cerrada, de espaldas a la realidad, ajena al entorno, desvinculada del contexto, ensimismada en su rutina, enrocada en sus prácticas... Me inquieta que se convierta en una campana de cristal, aislada de la vida, de los problemas, de las ocupaciones y de las preocupaciones de la realidad.

Es una contradicción que la escuela quiera preparar para la vida de espaldas a la vida, formar para la realidad permaneciendo ajena a la realidad, intentando comprender el mundo lejos del mundo. Por eso tiene que ser una institución abierta, permeable, innovadora, optimista y atenta a la diversidad (Santos Guerra, 2016^a, 2016b).

La permeabilidad es la capacidad que tiene un material de permitir a un flujo que la atraviese sin alterar su estructura interna. Para que haya permeabilidad hacen falta tres requisitos: porosidad del material, densidad adecuada del fluido y presión a la que está sometido el líquido...

Para ser permeable, el material debe ser poroso, debe contener espacios vacíos o poros que le permitan absorber el líquido. Es decir, que si la institución es rígida, inflexible, dogmática y cerrada, no hay posibilidad de que entre nada en ella. Tampoco es posible que salga de ella nada de valor. A su vez, tales espacios deben estar interconectados para que el fluido disponga de caminos para pasar a través del material. Esas interconexiones son las necesarias coordinaciones entre docentes, cursos, niveles... Cuando hablo de la densidad y de la presión del fluido, me refiero a la calidad pedagógica y ética de lo que entra y sale de la escuela a través del proceso de permeabilidad y también al ritmo de entrada y salida.

La permeabilidad de la escuela tiene un doble sentido. La escuela sale de su ensimismamiento al encuentro de la realidad, de la vida, de la sociedad, de otras experiencias. Y la sociedad entra en la escuela para llevar las preocupaciones, los problemas, las necesidades, las demandas, las oportunidades de formación.

El currículo de la escuela tiene que tratar de la vida, del mundo, de las cosas, de los problemas, de las realidades, de lo que pasa, de la actualidad, del entorno. No puede ser un conjunto de datos inertes que nada tienen que ver con lo que sucede.



De dentro afuera y de fuera adentro

Voy a referirme a dos experiencias de permeabilidad. Una que parte de la escuela hacia el exterior y otra que parte del exterior hacia la escuela.

Vayamos a la primera. Hace años fui director de un colegio en Madrid. Cuatro años invertidos en una experiencia inolvidable. Aún recuerdo al niño que cruzó la puerta y se convirtió en el primer escolar de la institución. Recuerdo su cara, su sonrisa, su peinado... Y su emoción cuando le dije: "Adelante, vas a ser el primero en atravesar la puerta de este nuevo colegio. No sabemos cuántos miles y miles entrarán después de ti".

Una de las preocupaciones del claustro era que el colegio no fuese un gueto en el barrio del Pilar, donde estaba enclavado. Queríamos que fuese parte del barrio y el barrio parte del colegio. Pusimos en marcha una iniciativa consistente en invadir pedagógicamente el entorno del colegio.

Eran otros tiempos. La seguridad no preocupaba en la forma que hoy. Y eso me lleva a preguntarme por el sentido que está teniendo el progreso. ¿Mejoramos? Las ciudades se han vuelto lugares inseguros, en los que no se puede fiar nadie de nadie. Hoy casi no es ni imaginable aquel despliegue de niños y niñas solos circulando

por el barrio e invadiendo tiendas, farmacias y bancos. Francesco Tonucci me dará la razón. No tenemos ciudades hechas con el parámetro del niño y de la niña.

Previamente hablamos con los responsables de una farmacia, una pescadería, una droguería, una ferretería, un banco, una iglesia, una panadería, una frutería, un mercado, un estanco... Les pedimos que aceptasen a tres niños o niñas que iban a pasar con ellos unas horas de la mañana para observar y hacer preguntas.

En las clases les pedimos que observasen lo que sucedía en el lugar de destino y que llevasen preguntas escritas. Con lo visto y oído tenían que hacer un informe para comentarlo en la clase. De esa manera, se ejercitaban en la observación, en la entrevista, en la escritura.

Formulaban las preguntas todos los alumnos y alumnas de la clase. "¿Qué queréis saber de una frutería?", preguntaba, por ejemplo, el coordinador de un grupo. Los compañeros iban desgranando su curiosidad, materializando sus inquietudes: ¿cuánto vale un kilo de naranjas, de peras, de pepinos?, ¿quiénes entran a comprar?, ¿cuánto gastan?, ¿cómo visten?, ¿de qué hablan?, ¿cómo se comportan?, ¿son hombres o mujeres?...

En general, las personas a las que pedíamos colaboración se mostraban complacientes y facilitadoras. A todos ellos les entregamos los informes que habían elaborado los alumnos y alumnas. El docente acudía a los lugares de prácticas primero para preparar y luego para agradecer la ayuda y para preguntar por la actuación de los alumnos y alumnas.

Las fiestas del colegio ocupaban una semana de actividades. Los bomberos llenaban el patio de espuma para que los niños y niñas se movieran felizmente en ella. Otra actividad que implicaba a las personas del barrio fue acordonar las calles para que los niños pintasen, por parejas, un metro cuadrado señalado en el suelo.

Creo que es muy importante que el barrio considere suyo el centro educativo y que el centro considere que el contexto en el que se enclava es importante para que se conozca la realidad.

Una casita en el patio

Me referiré a continuación a la segunda experiencia de permeabilidad. Una experiencia que va desde fuera hacia dentro de la escuela. En un colegio público de Albolote, los padres (en su mayoría albañiles) construyeron una casita en el patio del colegio. Los niños y las niñas ayudaron en las faenas de la construcción, y luego utilizaron la casita para realizar en ella actividades relacionadas con las tareas domésticas. Publicaron dos libros sobre la experiencia: *La casita* y *Juegos para la casita*.

Los padres albañiles construyeron también un magnífico parque infantil de tráfico, llamado Albolut. Con sus plazas, calles, pasos de peatones, semáforos..., y con reproducciones de los edificios más emblemáticos de la ciudad: el mercado, el ayuntamiento, la iglesia, una casa típica... En el parque practicaban los niños y las niñas (de ese y de otros centros) actividades de educación vial. También sobre esta experiencia se publicó un interesante libro.

Visité estas instalaciones con mis alumnos de la Facultad y tuvieron ocasión de intercambiar ideas y preguntas con Mercedes e Isabel, inspiradoras de estas iniciativas.

La permeabilidad hace que la escuela reciba el fluido de las aportaciones que vienen desde el exterior y, a su vez, permite que la escuela busque en el entorno aquella riqueza educativa que la haga actualizarse y aprender.

Para ello son necesarias diversas exigencias: la primera es que la escuela goce de autonomía. Autonomía curricular y organizativa. Porque no todas las escuelas son iguales ni son iguales todos los contextos. Cada escuela tiene que hacer un proyecto dinámico al servicio de la comunidad en la que está enclavada. Dice Ranjard, con un poquito de sorna, que los profesores tienen mucha autonomía, la misma que un conductor de un coche tiene para poner en el radiocasete la música que más le guste. Es decir, ninguna autonomía en lo sustancial. Ninguna sobre el tipo de viaje, el itinerario, la marca de vehículo, el tiempo, la velocidad, las paradas y los compañeros de camino.



Una comunidad educativa real

La segunda exigencia es que haya un verdadero equipo, una auténtica comunidad. Es decir, más escuela y menos aula. Porque el proyecto de la escuela es un proyecto colegiado y no una amalgama de pequeños proyectos dispares y contradictorios. Eso supone un diálogo intenso, un diagnóstico riguroso, una planificación flexible, unos medios adecuados y una evaluación institucional exigente.

En tercer lugar, las plantillas docentes tienen que configurarse en torno a proyectos y no por azar o por un conjunto de intereses (respetables, quizás) de cada uno de los integrantes de las mismas. ¿Cómo puede elaborar un proyecto coherente, abierto y ambicioso, un grupo de profesionales que ha llegado al centro por el curioso atajo de sus méritos y de sus intereses?

Es necesaria una actitud cooperativa, un diálogo sincero y profundo y un espíritu crítico que permita valorar las experiencias desde un prisma auténticamente educativo. De esta forma tendríamos una escuela para una sociedad mejor y una sociedad para una escuela mejor.

En cuarto lugar, hace falta una plantilla estable en el tiempo. No pueden construirse proyectos ricos y eficaces con una movilidad extrema. ¿Cómo puede desarrollarse un proyecto rico y consistente si cada año cambia más de la mitad del claustro? Quienes se van a ir no tienen libertad ni interés para proponer, y quienes llegan no tienen tiempo para decidir porque está todo planificado y a punto de ponerse en marcha. Los cambios tienen que planificarse en función del proyecto, no exclusivamente de los intereses de los protagonistas.

En quinto lugar, es condición sine qua non de la permeabilidad que el centro tenga un equipo directivo capaz de dinamizar la experiencia, un equipo que no solo contemple y, mucho menos, que frene la iniciativa y la innovación, sino que la promueva, la impulse y la dinamice. Un equipo que haga crecer. En la editorial Graó (Santos Guerra, 2015) publiqué hace poco un libro sobre este tema que se tituló *Las feromonas de la manzana*. Porque la manzana tiene unas feromonas tales que, si metes en una bolsa una manzana y frutas verdes, estas maduran por la influencia beneficiosa y silenciosa de las feromonas. La dirección sería una fuerza que ayudaría a crecer. De hecho, la palabra "autoridad" proviene del verbo latino *auctor*, *augere*, que significa "hacer crecer". El equipo directivo no tiene la misión fundamental de imponer la ley, sino de liderar un proyecto ambicioso. El perro controla el rebaño, pero el rebaño no le sigue.

En sexto lugar, solo puede haber una escuela permeable con profesionales capacitados, bien formados, inquietos, innovadores y optimistas. El optimismo es consustancial a la educación. Sin optimismo podemos ser buenos domadores pero nunca buenos educadores. Eso exige modificar los procesos de socialización de la profesión docente y mejorar la calidad de la formación inicial y permanente.

En séptimo lugar, esa institución permeable es una institución que aprende (Santos Guerra, 2001), porque está dispuesta a recibir el influjo que viene desde fuera de ella en forma de propuestas, sugerencias, iniciativas, colaboraciones y, también, críticas.

Y es una institución autocrítica y abierta a la crítica. La rutina es el cáncer de las instituciones. Me preocupan las instituciones que se vuelcan en sus rutinas, que se atrincheran en sus viejas prácticas sin ponerlas nunca en cuestión.

Una parte de la permeabilidad se produce cuando los alumnos y alumnas terminan su escolaridad y salen para situarse en la familia y en el trabajo. ¿Qué dicen esos exalumnos de su formación? Cuando ya tienen la perspectiva del tiempo y las condiciones plenas para expresarse en libertad, ¿qué opinan de lo que allí pasó? Inicié hace años la dirección de una tesis que se centraba en la evaluación de una escuela a través de las opiniones de sus exalumnos. Desafortunadamente, por motivos diversos, no llegó a buen fin. Me hubiera gustado desentrañar los intrínquilos del proceso y los resultados de la exploración.

¿Qué decir de una escuela de natación cuyos exalumnos se ahogasen sin remedio en una apacible piscina? ¿No es lógico que esa escuela se pregunte cómo está haciendo su trabajo? ¿Esa catastrófica información debería ser una exigencia y un aliciente para la transformación y la mejora? No sería razonable explicar el fracaso diciendo que los aprendices fueron torpes o poco esforzados. No sería de recibo justificar el fracaso achacando todo el problema al mal funcionamiento de las piscinas. Esa apertura es una exigencia de la lógica: no hay nada más estúpido que lanzarse con la mayor eficacia en la dirección equivocada. Es también una exigencia de la ética: no es justo que una institución se despreocupe de esas muertes que, en buena medida, son el fruto de su incompetencia.

Para saber más

Santos Guerra, Miguel Ángel (2001). *La escuela que aprende*. Madrid: Morata.

- (2015). *Las feromonas de la manzana. El sentido educativo de la dirección escolar*. Barcelona: Graó.

- (2016a). *La casa de los mil espejos y otros relatos sobre la educación inicial*. Rosario: Homo Sapiens.

- (2016b). *La gallina no es un águila defectuosa. Organización, dirección y evaluación de la escuela*. Bogotá: Uniminuto (en prensa).